

queria tratar con preferencia á los cómicos un noble, y probarle el aprecio que de él hacia, respetando empero el misterio de su incógnito.

El resto de la compañía, esto es el Tirano, el Pedante, el Intrigante, Matamoros y Leandro, fueron distribuidos en las demás habitaciones.

Sigognac, puesto en posesion de su cuarto, en el que habian depositado su microscópico equipaje, al par que reflexionaba sobre la singularidad de su situacion, miraba con ojo sorprendido, pues jamás se habia encontrado tan regaladamente, la habitacion que debia ocupar durante su estancia en el castillo. Las paredes, conforme el nombre del cuarto indicaba, estaban revestidas de cuero de Bohemia en el que se veian impresos ramajes y flores caprichosos destacando sus corolas sobre dorado fondo, ramas y follaje de colores de metalizado y brillante reflejo; componiendo el conjunto un decorado rico y elegante á cuya magnificencia contribuia un artesonado de roble negro delicadamente esculpido.

Las cortinas de las ventanas eran de brocatel amarillo y rojo, como el fondo de las paredes y el color dominante de las flores. De la misma rica tela era la guarnicion del lecho, cuya cabecera descansaba en la pared y cuyos piés se prolongaban en la sala formando un pasillo á cada lado.

Los cortinajes de las puertas interiores, así como los muebles, eran de tela parecida y de colores que hacian juego con el decorado general.

Alineadas á lo largo de las ensambladuras se veian sillas de respaldo cuadrado, piés torneados en espiral, tachonadas de clavitos de oro y frangeadas de randas, y sillones de abiertos brazos, bien rellenos de erin, como aguardando los visitantes y señalando, cerca de una chimenea de mármol serancolin blanco con manchas encarnadas, alta, ancha y honda, el sitio de las conversaciones íntimas. Un fuego vivificador que templaba los rigores de aquella fria mañana, iluminaba con su alegre reflejo una plancha en la que campea-

bán las armas del marqués de Bruyeres. Sobre las jambas, un pequeño reloj, en forma de pabellon y cuyo timbre simulaba la cúpula, indicaba la hora sobre un cuadrante de plata mate, hueco en el centro, por cuyo espacio se veia la complicacion interior de las ruedas.

Una mesa de piés retorcidos en forma de columnas salomónicas y cubierta con un tapiz de Turquía, ocupaba el centro del salon, y delante de la ventana un tocador inclinaba su espejo de Venecia rebajado en el corte sobre un cobertor de guipur guarnecido con todo el coqueton arsenal del más refinado lujo.

Al contemplarse en aquel puro cristal rodeado de un delicado marco de concha con incrustaciones de estaño, nuestro pobre Baron no pudo ménos de encontrarse en estado deplorable y lastimosamente desharapado. La elegancia de la habitacion, la novedad y frescura de los objetos de que estaba rodeado, hacian aun más sensibles el ridículo y el destrozo de su traje ya fuera de moda antes de la muerte del anterior rey. A pesar de encontrarse solo, un ligero carmin cubrió las enjutas mejillas de Sigognac. Si hasta entonces habia encontrado deplorable su miseria, en aquel momento le parecia grotesca, y por primera vez en su vida sintió vergüenza; sentimiento poco filosófico, pero excusable en un jóven.

Queriendo ataviarse un poco mejor, Sigognac deshizo el paquete donde Pedro habia metido los miserables vestidos que poseia su amo. Desplegó las prendas que aquel contenia, y no encontró ninguna que le sentase bien; ó le venia demasiado largo el jubon ó demasiado cortos los calzones; los relieves de los codos y de las rodillas, ofreciendo más ocasion al frote, se señalaban por placas lustrosas y peladas hasta la trama, y entre los trozos desunidos las costuras reian á carcajadas mostrando sus dientes de hilo. Zurzidos perdidos, pero vueltos á encontrar hacia mucho tiempo, tapaban los agujeros con enrejados complicados como los de una cárcel ó de una puerta española. Marchitos por el sol, el aire y la



me hiciste ver que el trabajo sólo se inventó para los tontos! Quiso la madrastra fortuna dejarte morir de hambre en esta caverna, cuyas salidas estaban guardadas y en la que no osaban penetrar los alguaciles; porque nadie, por valiente que sea, se atreve á provocar al leon en su mismo antro, pues, moribundo, puede derribar todavía cinco ó seis compañeros, con sus garras ó con sus dientes. Ea, tú, á quien, indigno, yo sucedo, manda sábiamente esa pequeña cuadrilla quimérica y ridícula, estos maniquíes espectros de los valientes que hemos perdido, quienes, aunque difuntos, llenarán todavía, como el Cid muerto, su oficio de bravos. Vuestras sombras, gloriosos bandidos, bastarán á desbalijar á esos belitres.

Su tarea terminada, el bandido fué á plantarse en el camino para juzgar del efecto de la comparsa. Los bandidos de paja tenían el aspecto suficientemente terrorífico y feroz, y el ojo del miedo podia engañarse durante las sombras de la noche ó el crepúsculo matutino, á esta hora opaca en que los añosos sauces, con sus ramas mitad rotas, toman al borde de los barrancos el aspecto de hombres amenazándoos con el puño ó blandiendo alfanjes.

—Agustin,—dijo Chiquita,—te has olvidado de armar tus muñecos.

—Tienes razon,—contestó el bandido.—¿En qué pensaba yo? Los más elevados genios padecen distracciones; pero esto puede fácilmente remediarse.

Y Agustin puso al extremo de los brazos inertes de su fantástico ejército viejas cajas de arcabuz, espadas enmohecidas, y hasta simples palos apoyados en la mejilla.

Con este arsenal, los espantajos, vistos desde el borde del barranco, ofrecian un aspecto formidable.

—Como desde la posada al sitio donde deben de comer es largo el trecho, saldrán sin duda á las tres de la mañana; cuando pasarán por delante de la emboscada, el alba comenzará á despuntar, momento favorable, pues á mis hombres

no les conviene ni demasiada luz ni demasiada sombra. El sol les delataria, la noche les ocultaria. Entretanto desca- becemos un sueño. El chirrido de las mal engrasadas ruedas, ese ruido que pone en fuga á los lobos despavoridos, se oye de léjos y nos despertará. Nosotros que, como los gatos, dormimos siempre con un ojo abierto, estaremos pronto de pié.

Dijo, y se tendió sobre las malezas.

Chiquita se estiró cerca de él para aprovecharse de la manta valenciana que el bandido se habia echado encima, y procurar un poco de calor á sus ateridos miembros. Pronto cesaron de castañetear sus dientes y partió para el país de los sueños. Debemos confesar que en los suyos infantiles no volaban rosados querubines con sus corbatas de blancas alas, ni balaban corderos sin mancha y adornados de gracias, ni se levantaban palacios de caramelo con columnas de esmirnio. No, Chiquita veia la cabeza cortada de Isabel sosteniendo entre sus dientes el collar de perlas, que buscaba sustraerlo á las manos de la niña por medio de saltos desordenados y bruscos. Grande agitacion experimentaba Chiquita á la influencia de su sueño, y Agustin, despertado á medias por los sobresaltos de su pequeña compañera, murmuró, envueltas en un ronquido, estas palabras:

—Si no miras de estar quieta, de una patada te mando barranco abajo, á pernear con las ranas.

Chiquita, que sabia á Agustin hombre de palabra, se dió por avisada y no se meneó más. El soplo igual de su respirar fué pronto el único ruido que delató la presencia de seres vivientes en aquella sombría soledad.

El bandido y su pequeña cómplice apuraban todavía á grandes sorbos la negra copa del sueño, en medio de la llanda, cuando en la posada del *Sol azul* el boyero, dando en el



nuestra errante suerte, haced al ménos uso de nuestros recursos. Abandonad esta librea de melancolía y de miseria que cubre vuestras gracias naturales y os inspira una injusta desconfianza de vos mismo. Tengo precisamente reservado en un cofre un traje muy elegante, de terciopelo negro con cintas encarnadas, que no huele nada á teatro y que podria lucir un cortesano, pues es hoy capricho frecuente en los dramaturgos y poetas poner en la escena aventuras del dia, bajo nombres supuestos, que exigen trajes de gente cabal y no de saltimbanquis disfrazados á la antigua ó caprichosamente. Tengo el camisolin, las medias de seda, los zapatos con borlas, la capa, en una palabra todos los accesorios del traje que parece expresamente cortado para vos como en prevision del lance. Ni la espada falta.

—¡Oh! respecto á eso, no hay necesidad,—dijo Sigognac con gesto altanero en el que se reflejaba todo el orgullo del noble á quien no puede abatir ningun infortunio.—Tengo la de mi padre.

—Conservadla como preciado tesoro,—respondió Blazius,—una espada es una amiga fiel, guardiana de la vida y del honor de su dueño. Ella no le abandona en desastres, peligros y contratiempos, como acontece con los aduladores, vil raza parásita de la prosperidad. Nuestras espadas de teatro no tienen filo ni punta, pues no deben inferir más que fingidas heridas de que uno se cura súbitamente al final de la comedia, y esto sin unguento, hilas ó triacas. Esa que al cinto llevais sabrá defenderos en caso de necesidad como hizo ya euando el bandido de los maniqués llevó á cabo su espantosa y grotesca calaverada de camino real. Mas, dispensadme que vaya á buscar los atavíos al fondo de la maleta que los guarda; tengo prisa por ver la crisálida trasformarse en mariposa.

Despues de pronunciar estas palabras con el énfasis grotesco que le era familiar y que de sus papeles trasportaba á la vida ordinaria, el Pedante salió de la habitacion, en la que

pronto volvió á entrar llevando entre los brazos un paquete bastante voluminoso envuelto en una servilleta, que colocó respetuosamente encima de la mesa.

—Si quereis admitir como ayuda de cámara un viejo pedante de comedia,—dijo Blazius frotándose las manos con ademan satisfecho,—voy á adonisaros y rizaros del modo más elegante. Todas las damas se enamorarán de vos incontinente; pues, dicho sea sin injuria de la cocina de Sigognac, habeis ayunado lo suficiente en vuestro castillo del hambre para tener el verdadero aspecto de quien se muere de amor. Las mujeres no creen mas que en las pasiones flacas; los ventrudos no las persuaden, tuviesen en la boca las doradas cadenas, símbolo de elocuencia, que suspendian á nobles, clase media y plebeyos, de los labios de Ogmio, el Hércules galo. Por esta y no por otra razon no salí yo del todo bien con el bello sexo y me arrojé temprano en brazos de la divina botella; esta á lo ménos no se hace la desdeñosa y acoje favorablemente los gordos, como toneles de mayor capacidad.

Con estas palabras procuraba el buen Blazius distraer, mientras le vestia, al baron de Sigognac, pues la volubilidad de su lengua no entorpecía en nada la actividad de sus manos; aun á riesgo de ser tildado de hablador ó molesto, preferia aturdir al jóven hidalgo con un raudal de palabras á dejarle abandonado bajo el peso de penosas reflexiones.

Pronto terminó el tocado del Baron, pues el teatro, que exige rápidos cambios de traje, da mucha destreza á los cómicos por lo que hace á esa especie de metamórfosis. Blazius, contento de su obra, acompañó por la punta del dedo meñique, como se conduce á una desposada al pié del altar, al baron de Sigognac delante del espejo de Venecia colocado encima de la mesa, y le dijo:

—Ahora dignese vuestra merced dirigir una mirada á sí mismo.

Sigognac percibió en el espejo una imágen que en su principio tomó por la de otra persona, tanto diferia de la suya, é



involuntariamente volvió la cabeza y miró por encima de su hombro para ver si por casualidad había alguien detrás de él. La imagen imitó su movimiento. Ya no había duda, era realmente él; pero no el Sigognac lívido, triste, lamentable, casi ridículo á fuerza de miseria, sino un Sigognac joven, elegante, soberbio, cuyo traje abandonado en el suelo parecía la piel gris y descolorida de que se despojan las orugas al emprender el vuelo, convertidas en mariposas de alas de oro, de cinabrio y de lapizlázuli. El ser desconocido, prisionero en aquel destrozado envoltorio, se había libertado de repente y brillaba á la pura luz que penetraba por la ventana, como estatua á la que acaban de levantar el velo en una inauguración pública. Sigognac se veía tal y como se había aparecido á sí mismo alguna vez en sueños, actor y espectador de una acción imaginaria pasada en su castillo reconstruido y adornado por hábiles fantásticos arquitectos para recibir una infanta adorada que llegaba á él montada en blanca hacanea. Una sonrisa de gloria y de triunfo vagó durante algunos segundos con purpurino brillo por sus descarnados labios, y su juventud desaparecida durante tan largo tiempo bajo el peso de la desgracia reapareció en la superficie de sus embellecidas facciones.

Blazius, de pié cerca del tocador, contemplaba su obra, haciéndose atrás para mejor juzgar del golpe de vista, como pintor que acaba de dar el último toque á un cuadro del que está satisfecho.

—Si, como espero, llegais á tener valimiento en la corte y recobrais vuestros bienes, concededme para mi retiro el gobierno de vuestro guardaropa,—dijo el cómico afectando el saludo de un pretendiente delante del trasformado Baron.

—Tomo nota de la petición,—contestó Sigognac con melancólica sonrisa;—vos sois, maese Blazius, el primer ser humano que me haya pedido cosa alguna.

—Después de la comida, que nos será servida aparte, debemos presentarnos al señor marqués de Bruyeres para en-

tregarle la lista de las piezas dramáticas que podemos representar, y saber de él en qué sitio del castillo levantaremos el teatro. Vos pasareis por el poeta de la compañía, pues no faltan en provincias personas de buen tono que van á veces en pos de Talia, con la esperanza de conmover el corazón de alguna comediante, lo que es muy galante y bien admitido. Isabel es un bonito pretexto, tanto más cuanto á su talento reúne belleza y virtud. Las damas jóvenes representan á menudo más al natural que supone un público frívolo y vano.

Esto dicho, el Pedante se retiró, aunque no fuese muy presumido, para ir á ocuparse de su propio tocado.

El lechuguino Leandro, pensando siempre en la castellana, se ponía de mil alfileres, con la esperanza de ver realizarse la aventura imposible que perseguía constantemente, y que, al decir del Intrigante, no le había valido más que decepciones y vapuleos.

Respecto á las comediantas, á quienes el señor de Bruyeres había tenido la atención de enviar algunas piezas de tela de seda para, en caso necesario, sacar de ellas los trajes correspondientes á sus papeles, puede el lector suponer que echaron mano de todos los recursos de que se sirve el arte para embellecer la naturaleza, y se engalanaron cuanto les permitió su guardaropa de actrices ambulantes. Una vez listos todos, pasaron á la sala donde estaba servida la comida.

Impaciente por naturaleza, el marqués se presentó en el comedor antes de los postres, no permitiendo al entrar que nadie se levantara. Terminada la comida y después de lavados los cómicos, preguntó el castellano al Tirano qué piezas eran las de su repertorio.

—Todas las del difunto Hardy,—respondió el actor con su voz cavernosa,—la *Piramo*, de Teófilo, la *Silvia*, la *Criseida* y la *Silvanira*, la *Locura de Cardenio*, la *Confidenta infiel*, la *Filis de Seyre*, el *Ligdamon*, el *Burlador burlado*, la *Viuda*, la *Sortija del olvido*, y cuanto de mejor producen los ingenios de la época.